

"MIS CONVERSACIONES CON GIMENEZ FERNANDEZ"

EN estos tiempos, que algún político con exceso de optimismo ha calificado de "pre-democráticos", se ha hecho frecuente el intento de "informar" a los españoles proporcionándoles los datos indispensables en cuanto a la existencia de "grupos políticos", antecedentes de muchos de ellos, líneas programáticas, y también biografías de figuras significativas. En empeños de esta naturaleza, un tanto de carácter mixto, pues pensados en el "presente", están obligatoriamente impelidos a justificarse en un "pasado", es indispensable un criterio selectivo y un mínimo de transparencia y precisión para saber discernir pasado con presente, y el quehacer de hoy con la acción de un futuro más o menos lejano. Una idea muy arraigada, que casi responde a un hábito, y que se nos impone diríamos por consideraciones comparativas y de entorno político, es la de propender a "calcular" cuáles podrían ser los grupos o "familias políticas" de mayor audiencia en el electorado español. La mayoría de los que reflexionan de este modo asignan una especial acción protagonista a la democracia cristiana. Aceptada esta premisa, es lógico que se indague sobre cuál es su línea programática, sus precedentes, sus pasados líderes y sus afinidades con fuerzas y situaciones de la Europa de la posguerra. En estos últimos tiempos la actividad en España de estos grupos democristianos ha sido intensa y los Congresos de Segovia y El Escorial, especialmente significativos. Todo esto ha venido a contribuir a fomentar una sosegada polémica en torno del origen y de la ideología democristiana española, con una sentida alusión a lo que ha representado la personalidad de don Manuel Giménez Fernández. De hecho, ninguno de los grupos democristianos homologables ha ofrecido severas contradicciones llegado el instante de valorar en toda su extensión la obra de aquel insigne sevillano que fue algo más que un bien conocido jurista sevillano como hace días apuntara R. de la Cierva. Mi larga amistad con don Manuel (fueron veinte años de íntima relación), nacida de una comunidad vivida en muchos planos desde mi incorporación a la Universidad Hispalense (1948), y prolongada después de que yo viniera a ocupar la cátedra

en Madrid (verano de 1960), me otorga cierta legitimidad para intervenir en este punto muy concreto, cual puede ser el modo de insertar en nuestro compromiso político actual el legado de don Manuel.

A lo largo de las sesiones de los Congresos de Segovia y de El Escorial, y con motivo de la constitución del "grupo autónomo" o actual Izquierda Demócrata-Cristiana, se ha hecho más urgente esta labor de precisión, de matización. ¿Puede decirse, sin más, que ha sido en fecha muy reciente, o por obra de personajes muy individualizados cuando en España ha

do por la historiografía de la Segunda República y guerra civil tanto española como extranjera, que don Manuel ha sido una personalidad política democristiana auténtica y nitidamente diferenciada de otras muchas. Una diferenciación que acusan historiadores extranjeros, y que registran especialmente los historiadores de la España vencida en la contienda civil. Cuando conocí personalmente a don Manuel, éste se me presentó desde la primera larga conversación (mantenida en presencia de don Ramón Carande) como un hombre que sabía combinar sabiamente su vo-

peramento muy vivo y le tipificaban unas actitudes enormemente nitidas y agresivas cuando la verdad o sus convicciones lo exigían.

A lo largo de tantos años de pensar juntos, de discrepar juntos, tengo que separar, por razones muy complejas, dos mundos; el del pasado y el del presente, tendido hacia la obligación del futuro. Naturalmente que por boca de Giménez Fernández o en infinitas ocasiones lo que podría calificar de su versión histórica de lo que fue la CEDA. Ese "antipartido" como él usualmente lo calificaba. Y sería cínico afirmar que ignoro lo que don Manuel pensaba y decía de la acción de la CEDA, al igual que el juicio que le merecían muchos de sus miembros, incluso los más conspicuos. Mas no aludiré para nada a este tipo de confidencias, que por otra parte no son pocos sevillanos los que de ellas pueden testimoniar. Sólo quiero centrarme en lo que Giménez Fernández pensaba, decía y programaba de cara a su presente, y pensando en un casi cercano futuro en el que él tuviera que asumir concretas responsabilidades.

La acción política de don Manuel se modificó intensamente más o menos a partir de 1956. Recuerdo que con motivo de un acto homenaje celebrado en la Universidad de Sevilla en honor de Gascón y Marín, y en el que intervendría el entonces ministro de Educación Nacional, Giménez Fernández y yo decidimos no comparecer. Mas con el propósito de dejar clara la razón de nuestra no presencia mantuvimos en un hotel del centro de la ciudad una larguísima conversación con un amigo común, el profesor Pérez Serrano. Fue una exposición política que hizo don Manuel de la esencia de su política en la época de la República. Y en esta línea se manifestaría en Madrid en dos ocasiones y más o menos por aquellas fechas (1956 y meses posteriores). Giménez Fernández acudió a Madrid, primero invitado por el Departamento de Actividades Culturales de la Facultad de Derecho, y después con ocasión del homenaje al que había sido profesor suyo y del que durante cierto tiempo fue auxiliar. Me refiero al canonista sevillano don Eloy Montero. Y en ambas ocasiones defendió su gestión republicana. Don Manuel era un accidentalista tan tibio que es lícito que R. de la Cierva le señale como uno de los pocos convencidos republicanos de



Don Manuel Giménez Fernández.

nacido y actuado con auténticas pretensiones democráticas un partido democristiano? ¿Es lícito, apoyándose en el pensamiento de Giménez Fernández, deducir conclusiones categóricas sobre la acción política actual en materia de política de alianza, y sobre todo de posible ruptura negociada? Más o menos, estas son las razones que me han incitado a escribir.

Cuando yo inicié mi larga relación con don Manuel (octubre de 1948), el personaje me era suficientemente conocido desde mi juventud universitaria, especialmente desde que don Manuel adquiriese una significación específica y general por su paso en el Ministerio de Agricultura. Es indudable, y el dato queda abundantemente confirma-

cación científica (casi desmesurada), centrada especialmente en el estudio de Las Casas y la historia de la conquista y colonización de las Américas, con su concepto testimonial de la política. Giménez Fernández no tenía ya por aquel entonces pretensiones de poder. Para don Manuel, su acción política la concebía testimonialmente, como una obligación que en su condición de cristiano estaba obligado a asumir. El resultado práctico no le obsesionaba. Los años de marginación política, que ya eran muchos en 1948, le volcaron en su labor de investigador e hicieron de él un especialista de renombre universal. No obstante esta situación, casi impuesta por las circunstancias, en don Manuel latía un tem-

la CEDA (R. de la Cierva en el número 12 de "La Historia se confiesa", página 230).

Partiendo de esa fecha, que podemos considerar que constituye un paso cualitativo en la acción política de Giménez Fernández, se inicia una empresa, ante todo de carácter doctrinal, que después concluirá con una decisión política que se traduce en la creación de un núcleo político y en una política de alianzas. El grupo fue pronto denominado Izquierda Demócrata y la alianza se conocía con el nombre de Unión de Fuerzas Democráticas Españolas, de la cual era presidente, y en la que participaban el PSOE, el Nacionalismo Vasco, grupos republicanos, UGT y CNT como sectores más importantes. La acción de Giménez Fernández se veía asistida por unos cuantos políticos de diversas regiones (especialmente de Cataluña, Baleares, Castilla, etc.) y con la acción constante del que pudiera calificarse de su secretario en aquel período. Su nombre es hoy más conocido que por aquellas fechas. Se trata de Barros de Lis.

Precediendo y acompañando a esta acción existió siempre una relación epistolar y personal muy amplia y diversificada. Debo precisar, pues se trata de un dato importante, que tenía especial predilección por su contacto con el obispo de Cuernavaca (personaje destacado en el movimiento de cristianos para el socialismo) y con miembros del PCE que acudían periódicamente a visitarle a Sevilla. Don Manuel viajó muy poco y escribió de política escasamente. El momento difería mucho del que en estos últimos años, acaso meses, hemos vivido. Esto explica que para muchos puedan ser válidas toda suerte de imputaciones hechas a don Manuel con el propósito de justificar posturas propias y acaso plenamente divorciadas de las de Giménez Fernández.

¿Qué hubiera hecho hoy don Manuel? Algunos que hoy se llaman sus discípulos y seguidores (títulos que no en todos los casos responde a la realidad) utilizan el mensaje de Giménez Fernández para oponerse a determinada decisión política. Concretamente, invocando la doctrina del gran admirador de Maritain, señalan que don Manuel se hubiera opuesto rotundamente a todo confusiónismo como el que dicen que se ha creado con la negociación de dos grupos demócratas con la Coordinación Democrática. ¿Sería don Manuel partidario de la ruptura negociada?

Pretender dar una respuesta categórica creo que no es serio. Don Manuel pensaba distinguiendo dos momentos; el que debería preceder al cambio y el que debería establecerse después del cambio. Giménez Fernández concebía el cambio de modo muy radical. En modo al-

guno puede sugerirse que en Giménez Fernández hubiera una brizna de continuismo, de creencia en una reforma "desde dentro". Para don Manuel, una vez creado el germen de su grupo, una de las cuestiones más importantes era la del estudio de una Ley de Responsabilidades. No era posible tolerar ninguna impunidad. Advertió que Giménez Fernández, cuando hablaba de responsabilidades aludía casi exclusivamente a las estrictamente económicas, éticas. El político sevillano mantenía una posición que yo comprobé en una conversación que mantuve en la residencia Jaurregui con Gil-Robles (en presencia del notario de Vitoria, Gregorio Altube) con motivo de un viaje familiar a Vitoria del ilustre político de la CEDA (a quien siempre consideré Giménez Fernández como inteligente y honesto políticamente hablando, pero con el que no creo que estuviera totalmente identificado) posición que hacía suya el fundador de la CEDA. El mayor mal causado por el Régimen había sido el de la desmoralización del pueblo español. Esta exigencia de saneamiento radical, de innovación radical en las formas y en los personajes, hacía de don Manuel un sujeto sumamente alérgico a la colaboración con personas que hubieran mantenido altos puestos en el Régimen franquista. Es de presumir que hoy don Manuel hubiera sido un adelantado en esa negociación con la Coordinación Democrática y un decidido partidario de una ruptura negociada, pacífica.

Lo que es ya totalmente diferente es la actitud política de don Manuel una vez establecida la democracia en España. Es indudable que Giménez Fernández huía del extremismo, que era un acérrimo partidario de una política de centro-izquierda (que él creyó al principio advertir en el MRP y más tarde en Italia) y que su ideal no era otro que poder formar un eje con un PSOE que recordara a los hombres de su UGT clásica y a los políticos que seguían a Prieto. Giménez Fernández tuvo siempre una admiración por las dotes políticas de Prieto, al igual que una reticencia acuosadísima frente a Azaña, y especialmente ante Alcalá Zamora. Cierto también que las palabras más duras que en múltiples ocasiones lo escuché pronunciar iban destinadas a miembros de la CEDA que se habían pasado con armas y bagajes al Régimen, y en los cuales vio siempre a los grandes responsables de la frustración de muchos proyectos de Gil-Robles. Y para terminar, añadiré que Giménez Fernández era totalmente ajeno a todo contagio marxista (de hecho no fue el marxismo uno de sus temas de estudio predilecto) y nada propicio a comprender determinadas dimensiones del nacionalismo vasco o catalán. ■ M. AGUILAR NAVARRO.

¡LA SENSACION
EDITORIAL DEL AÑO!
JAMAS EN LA HISTORIA DE
NUESTRAS LETRAS
SE HABIA ACOMETIDO
UNA OBRA SEMEJANTE



Sólo el genio, la erudición,
la autoridad y el tesón de

CAMILO JOSE CELA

podían enfrentarse con un
empeño tan ambicioso y tan audaz

ENCICLOPEDIA DEL EROTISMO
En fascículos semanales a todo color

YA ESTA A LA VENTA EL N° 2

OTRA GRAN EXCLUSIVA DE EDICIONES SEDMAY!